

Manuel Rivero Rodríguez

La España del Siglo de Oro



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Ilustración de cubierta: Eugenio Cajés: *La recuperación de San Juan de Puerto Rico*
(detalle). Museo del Prado. © Album
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Manuel Rivero Rodríguez, 2023
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-176-2
Depósito legal: M. 175-2023
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	Presentación
	1. España
16	Afloramiento
27	Nación
40	Españoles
44	Siglo de Oro
	2. Política
50	Cuerpo
73	Majestad
92	Gracia
104	Archivo
	3. Intransigencia
120	Reforma
141	Sangre
154	Confesión
166	Calendario
178	Intolerancia
203	Universalismo
211	Moriscos

	4. Monarquía
236	Territorios
250	Castilla y Aragón
270	Italia
283	Las Indias
295	Portugal
306	Flandes
	5. Fortuna
313	Órdenes militares
322	Pobres y ricos
354	Genoveses
363	Precios
384	Economía
	6. El mundo
401	El turco
413	Estado
427	Hegemonía
439	Paz
452	Guerra
	7. Epílogo
465	Decadencia
483	Leyenda negra
499	Notas
501	Abreviaturas y siglas empleadas
503	Bibliografía
553	Índice onomástico

A mis queridos hijos Jaime y Arturo

Presentación

Han pasado 16 años desde la publicación de *La España de Don Quijote*. Reeditar la obra, transcurrido tanto tiempo, era una labor imposible. En todo este periodo han ocurrido muchas cosas. Nuestra concepción de la Historia ha cambiado sustancialmente, y lo digo tanto desde un punto de vista personal como en el de nuestra realidad como individuos en sociedad. Ahora contemplamos el pasado de otra manera. En 2005 la posverdad aún no asomaba sus dientes, al menos no con el descaro con el que se ha empleado en los últimos años; tampoco profesionales y expertos se hallaban desacreditados e ignorados por el ruido de las redes sociales, y ni siquiera se cuestionaba la bondad de la Unión Europea ni nuestras libertades constitucionales.

En 2005, cuando la relación con el pasado era más tranquila, no había una polarización tan aguda como la que existe ahora entre los historiadores. Entonces existía

un consenso blando en un mundo académico que utilizaba un lenguaje y unas ideas comunes pese a emplear metodologías diferentes. Por último, era necesaria una reescritura porque, además del cambio en las mentalidades, en estos años ha habido importantes aportaciones que han obligado a repensar y reconsiderar el «problema morisco», la *Pax Hispanica*, el papel del Mediterráneo en el siglo XVII, la política del conde duque o el final de la «monarquía evangelizadora». En 2005 todavía imperaban las categorías y métodos que después del franquismo adoptaron los investigadores españoles tomando como norte a los hispanistas ingleses y franceses, de los que parecía que sólo se podían seguir los derroteros marcados por ellos y ampliar sus investigaciones. Yo mismo he tenido que revisar afirmaciones y resultados de mis propios escritos. En 2005 señalé al conde duque de Olivares como adalid de una idea de unidad de España, afirmación que he tenido que eliminar porque hoy sabemos que el valido no fue el autor de la llamada «instrucción secreta» o «Gran Memorial».

La reescritura ha consistido en actualizar, corregir y añadir temas y capítulos por diversos motivos. Por una parte, por mis propias lecturas; por otra, por los consejos y sugerencias de colegas, amigos y lectores, y por último, por una necesaria actualización. El cambio más importante es el añadido de los capítulos sobre la decadencia y la «leyenda negra», que obedecen al renacimiento de discusiones que parecían pertenecer al pasado y que hoy regresan de la mano de controversias relacionadas con la identidad nacional española. Así mismo, la bibliografía no sólo está actualizada, sino que he procurado que sea

una guía útil para quienes quieran profundizar en cada apartado, respondiendo así a los reproches y preguntas de muchos lectores insatisfechos por la escasez de referencias.

La realidad es que los historiadores avanzan en el conocimiento del pasado haciendo hallazgos, revisando tópicos, desvelando prejuicios y visiones partidarias, falsas apreciaciones e interpretaciones abusivas elaboradas por quienes fomentan distorsiones y un desconocimiento interesado de episodios y parcelas de la Historia que no convienen a sus intereses o a su ideología. Pese a todo, en plena resaca posmoderna, los historiadores se esfuerzan por investigar con rigor, hallar la verdad y conocer más profundamente el pasado, el mejor laboratorio existente de ciencias sociales, donde vemos sin necesidad de hacer pronósticos lo que sucede al tomar determinadas decisiones o afrontar ciertos problemas, como las epidemias.

Estas reflexiones me situaban en un contexto que hacía casi imposible una nueva edición: o bien se dejaba la obra como estaba o bien se procedía a una reescritura. Por otra parte, como afirmaba Karl Popper defendiendo su última redacción de *La sociedad abierta y sus enemigos*, «ningún libro puede alcanzar nunca una forma definitiva. Cuando creemos haberlo concluido, adquirimos nuevos conocimientos que nos lo hacen parecer inmaduro». Palabras que hago mías. Pese a todo, sigo teniendo como referencia al historiador holandés Johan Huizinga y su forma de abordar el conocimiento del pasado. Al fin y al cabo, la historia cultural que él aprendió en Tübinga sigue siendo válida como presupuesto para abordar el Siglo de Oro como periodo histórico. He procurado

mantener los contenidos originales, corrigiendo errores, reescribiendo textos, incorporando contenidos y, sobre todo, actualizando la bibliografía. Tanto las fuentes como las referencias han sido objeto de una cuidadosa atención para contentar a los lectores que querían saber con exactitud de dónde procedían muchas de las informaciones contenidas en el libro al no poder satisfacer su curiosidad con las escuetas referencias del original. La obra también recoge algunas ideas y comentarios relativos a su estructura y contenidos, articulando sus capítulos como temas y enunciados de forma que se puedan seguir como una guía.

Se repiten contenidos, y algún lector creará que siguen faltando muchas cosas, pero, como en 2005, sigo pensando que la mejor manera de aburrir es contarlo todo. No se ha seguido, como entonces, la estructura clásica de los manuales, no se distingue lo político de lo cultural, lo social o lo económico. Lo que hoy contemplamos como cosas separadas entonces estaban impregnadas las unas en las otras, y se contemplaba el mundo con otras categorías. Ocurre que, utilizando los preceptos de nuestros manuales, resulta muy difícil relacionar fenómenos que hace cuatrocientos años no estaban separados, como la medicina de la política o la teología de la economía. Por tal motivo se mantiene una técnica de exposición transversal, y la España del Siglo de Oro está enmarcada por un espacio –los territorios que poseyó la Monarquía Hispánica en el mundo– y un tiempo, que es el transcurrido entre los reinados de Carlos I y Felipe IV. En este libro, capítulo a capítulo, se explica cuál es la relación de los individuos que vivieron en ese tiempo con la autori-

dad, cuáles fueron sus vivencias religiosas, cómo organizaban su supervivencia, qué sentían como identidad y en qué lugar se contemplaban en el mundo. Con esos ámbitos se corresponden los capítulos del libro, que encierran en su disposición y enunciado un intento de aproximación distinto al habitual no por capricho, como ya hemos señalado arriba, sino como resultado de mi propia experiencia como investigador y lector.

1. España

Afloramiento

En el primer diccionario de la lengua española, el *Tesoro de la lengua castellana o española*, escrito por Sebastián de Covarrubias Orozco y publicado en la madrileña imprenta de Luis Sánchez en 1611, la voz «España» remitía como primera autoridad a los *Laudes Hispaniae* de San Isidoro de Sevilla, el cual la describía como una región mimada por la naturaleza, una provincia con abundantes recursos minerales y prodigiosamente fértil. A su juicio, esa tierra representó para los godos lo que Canaán para los judíos. Covarrubias añadió que España sólo adquirió consistencia bajo el dominio de los godos, porque antes de su llegada «debió ser para las otras naciones lo que agora las Indias para nosotros». Celtas, iberos, cartagineses y romanos tomaron posesión del suelo, pero sólo los godos le confirieron personalidad cuando se

unieron a los pobladores primigenios, aquellos que habían visto desfilar a muchas generaciones de colonizadores sin ser nunca sometidos:

Vizcaya, Asturias y Navarra y lo que llaman Cantabria, que, habiendo sido la primera población de España por Túbal, se ha conservado siempre sin haberse mezclado con las gentes advenedizas [...] Pues digo que este rincón amparó y recogió las reliquias de los godos, y poco a poco fueron retirando los moros hasta volverlos a echar de España.

Tal maridaje entre la savia hispana y la germana fue posible con la invasión árabe, catalizadora de la nación. «España», para Covarrubias, se formó en el doble movimiento de pérdida y restauración: «por nuestros pecados, la ganaron los moros de África en tiempo del rey don Rodrigo», hasta que «después que tantos años que se habían apoderado de ella» fueron expulsados (*Ad vocem* «España», Covarrubias Orozco 2006).

España era un solar sagrado, restaurado después de un esfuerzo colectivo de purificación. Según cuenta la Biblia, Dios envió el diluvio para reformar la naturaleza humana y liberarla del pecado. La invasión musulmana respondía a un propósito semejante. Según la crónica pseudoisidoriana, serían los pecados del rey y del pueblo los que habrían de traer la tragedia. Covarrubias mismo la atribuyó a «nuestros pecados», y es tradición bien aireada en el romancero y en las crónicas. La *Crónica sarraquina* de Pedro del Corral (1430) popularizó la historia de la violación de La Cava, la hija del conde don Julián, quien, para vengar su ultraje, abrió la puerta a los árabes,

invitándolos a la invasión. El drama *El último godo*, de Lope de Vega, inspirado en esta tradición, recordaba al público una historia que no por bien conocida debía de dejar de recordarse. Los pecados del rey eran también los del pueblo, y el castigo afectaba a todos, invitándolos, como le ocurriera al pueblo de Israel, a expiar su culpa (Ryjik 2004; Tate 1970).

En pleno siglo XVII fray Diego de Jesús María refería que la invasión de 711 fue como un nuevo diluvio en el que todo quedó sepultado. Después, España fue emergiendo desde Covadonga y la montaña de Asturias, actuando los descendientes de don Pelayo al igual que los de Noé, dando vida a la tierra que había quedado cubierta y estéril bajo las aguas. Fray Diego escribió la historia de cómo después de expulsar a los moros, los nuevos pobladores cristianos de Ciudad Real hallaron la imagen de la Virgen del Prado. Era el relato de uno de los múltiples hallazgos que, conforme «se retiraban las aguas», afloraban a la superficie y eran recuperados para la cristiandad: reliquias, imágenes, tesoros e incluso escrituras. Se creía que los antiguos pobladores cristianos pusieron a salvo todo lo que pudiera ser necesario para proveer la restauración futura, preservando reliquias, imágenes y objetos sagrados que no debían ser mancillados por las manos de los infieles. Este relato se repite en las historias de muchas imágenes de la Virgen, veneradas como patronas de ciudades y localidades españolas, que fueron halladas en muros, cuevas o enterradas, como la ya mencionada del Prado y las de Montserrat, la Almudena o Guadalupe. La fuerza de esta creencia se transmitió en libros de devoción y de historia sagrada, como

también en cuentos, leyendas y romances. En la segunda mitad del siglo XVI circularon unos librillos llamados *gacepas*, *gacetas* o *recetas* que eran una especie de guías crípticas para hallar tesoros preislámicos (y que se hacían eco de las fantasías del imaginario colectivo, de la mina fabulosa donde se hallaba escondido el tesoro del rey Rodrigo y otras cosas por el estilo), siendo conocida la existencia de buscadores «profesionales» de tesoros en Castilla la Nueva y Andalucía (Peinado Santaella, Barrios Aguilera y Andújar Castillo 2000, 2: 386).

La lectura culta y popular de la historia de España interpretó la Reconquista como un tiempo de expiación de los pecados cuyo final abriría una Edad de Oro. Así lo anunciaba una profecía atribuida a San Isidoro de Sevilla, que alimentó la creencia de la llegada de un monarca que purificaría el mundo y recibiría a Jesucristo en la Casa Santa de Jerusalén. Tal misión sería la del soberano que restaurase España, «el Murciélagos», «el Encubierto», que derrotaría al Anticristo. Como mostró Alain Milhou, estas profecías constituyeron el escenario en el que se desarrolló en 1492 la aventura de Cristóbal Colón y la interpretación del descubrimiento de América, a renglón seguido de la conquista de Granada. Expulsado el islam de España, las Indias (pues se creía que se trataba del Extremo Oriente) abrirían el camino hacia Jerusalén y daría comienzo una nueva edad. Lógicamente, el mito resurgió cada vez que España parecía reconstituida, y es por eso por lo que, a partir de 1580, cuando Felipe II incorporó Portugal a la Monarquía Hispánica, el ciclo de la pérdida y la restauración recobró nueva actualidad (Milhou 1983; Vivar 2004).

En la primavera de 1590, una visionaria predicaba en Madrid «que las cosas de España van perdidas», y anunciaba el advenimiento de una nueva destrucción. No era ni la primera ni la última profecía que escuchaban los madrileños; dos años antes se produjo lo que Juan Blázquez denomina el «cénit visionario de 1588». La irrupción de profetas, predicadores y visionarios de toda laya en aquel año era la culminación de una suma de experiencias cuyo origen nacía de la incorporación de Portugal a la Corona en 1580. En Lisboa tuvieron gran predicamento las visiones, éxtasis y arrebatos de la priora de la Anunciada; en Toledo, los milagros de Juan de Dios; en Madrid, los sueños proféticos de Lucrecia de León, del doctor Miguel de Piedrola o del alcalde de corte Trijueque. Entonces se desató una «auténtica psicosis de sueños» que interesaban tanto a las clases populares como a las personas más encumbradas, reverdeciendo la actualidad de la pérdida de España hasta el punto de que algunos grupos comenzaron a prepararse para afrontar tal acontecimiento acondicionando cuevas (a lo largo del Tajo o en Asturias según los gustos) y enterrando tesoros e imágenes. Fray Lucas de Allende creó una Congregación de la Nueva Restauración, a la que perteneció entre otros el famoso arquitecto Juan de Herrera, artífice de El Escorial, que adquirió la cueva de Sopeña en las cercanías de Toledo. En dicha gruta, el arquitecto del rey acondicionó el refugio donde se ocultarían los futuros salvadores de la nación, lo proveyó de un buen número de imágenes y almacenó en sus estancias grandes cantidades de trigo y garbanzos. Esta cueva disponía de capilla, habitaciones acondicionadas para vivienda y

almacenes. Disponía, así mismo, de las condiciones para hacer de ella el punto de partida de la segunda Reconquista, desde donde se efectuaría la postrera restauración de España y la apertura de la Edad de Oro que disfrutaría la humanidad con la segunda venida de Cristo (Beltrán de Heredia 1947; Zambrano, Simons y Blázquez 1987).

No era la crisis o la decadencia de España lo que animaba el ambiente visionario que predicaba una nueva caída, sino la percepción de un momento extraordinario de apogeo. En él, la Monarquía se hallaba en su cénit, y pocos momentos como aquél podían equipararse respecto al pasado lejano y aun al reciente. Portugal tuvo una trascendencia similar a la que en su día tuvo la conquista de Granada. De modo que, aunque algunos historiadores han visto en los profetas que auguraban la pérdida de España una señal de la crisis, de la decadencia y del fatalismo con que los españoles percibían claras señales de ruina ya en el umbral de 1600, parece más consistente reflexionar sobre la concepción cíclica del tiempo. Estas prevenciones ante la crisis nos hablan de la certidumbre en la sucesión de momentos opuestos, de uno de plenitud y otro de miseria que se encadenan y alternan. También había otra lectura: era obvio que la Reconquista había concluido y se había restaurado la unión peninsular del viejo reino visigodo bajo el cetro de Felipe II, pero todavía estaba pendiente un paso más para proceder a una restauración completa que facilitase la llegada de la Edad de Oro: la purificación de la nación para que toda ella se hallase unida bajo una sola fe (Beltrán de Heredia 1947).

Siempre que circulaban profecías mesiánicas referidas al «Encubierto», la restauración o la destrucción de España, se producían pogromos, persecuciones y bautismos forzosos de las minorías étnico-religiosas peninsulares. Expulsados los judíos en 1492, a finales del siglo XVI los musulmanes representaban, a ojos de muchos, el obstáculo que impedía la plena restauración de la España sagrada. Casi todos los especialistas coinciden al señalar que fue en 1580 cuando se reavivó con intensidad el debate en torno a la expulsión de los moriscos, pues parecía inconcebible la presencia de una minoría infiel en el lugar desde el que nacería la cristiandad triunfante. (Por otra parte, para quienes creían que era casi irremediable una segunda «inundación», los moriscos constituían una quinta columna que abriría las puertas a los invasores, como en el pasado hiciera el conde don Julián). Por tal motivo, no es casual que en 1588 también se produjera otro suceso asombroso y extraordinario: el descubrimiento de los plomos del Sacromonte en Granada. Comenzaba una batalla de opinión en torno a la idea de España en la que entraban en juego falsificaciones, falsas profecías e incluso historiadores moriscos nacidos de la imaginación de eruditos y autores de ficción (Caro Baroja 1992).

Partiendo de la noción popular de la España sagrada, los falsificadores de los plomos del Sacromonte manipularon con gran efectividad la creencia de que los cristianos del año 711 ocultaron objetos sagrados a los conquistadores sarracenos. En las obras de ampliación de la catedral de Granada se demolió la torre Turpiana, un antiguo minarete de la mezquita nazarí, y apareció una

caja de plomo entre los escombros. Al abrirla se halló una tela pintada representando a la Virgen María con vestiduras orientales, un trozo de hueso, un pergamino enrollado y arenilla azul y negra. El pergamino, escrito en árabe, griego y latín, contenía noticias sobre San Cecilio, un comentario a una profecía de San Juan Bautista firmado por Dionisio Aeropagita y un relato que aclaraba el significado de los objetos de la caja: la tela era un paño en el que secó sus lágrimas la Virgen, y el hueso, una reliquia de San Esteban. Los textos insinuaban que el aljamiado (la lengua propia de los moriscos) y el árabe estaban vinculados a la antigua lengua de España, anterior a la invasión de 711 (Hagerty 1980; García-Arenal 2003).

Algo más tarde, en 1595, afloraron nuevos y sorprendentes hallazgos: una tabla de plomo datada en tiempo de Nerón básicamente escrita en árabe con caracteres «hispano-béticos». Entre el 21 de febrero y el 10 de abril aparecieron aún más tablillas e inscripciones que ofrecían una nueva lectura de la historia de España, al informar que los árabes acompañaron al apóstol Santiago y formaban parte de su círculo íntimo, que el árabe se hablaba ya en la antigüedad ibérica como lengua primitiva y que Granada y su «Monte Sacro» eran la verdadera sede primada de la primitiva Iglesia española, y no Santiago de Compostela o Toledo. Los textos situaban en Granada el comienzo de la cristianización de la península, siendo el lugar donde murieron los primeros mártires.

Como es fácil de apreciar, los plomos dignificaban a los árabes; según estos documentos, no fueron invasores extraños sino más bien los primeros cristianos de la pe-

nínsula. Los autores de los plomos no se conformaron con este intento de dignificar a la minoría morisca y defender su españolidad; también pretendieron algo más complicado: conciliar el mensaje de Cristo y el de Mahoma. Los escritos eran perturbadores, muy heterodoxos en relación con el islam y muy «españoles» por sustentar con su prueba la Inmaculada Concepción y la predicación de Santiago en España, dos cuestiones en las que Roma no disimulaba su escepticismo y se resistía a aceptar. Los hallazgos del «Monte Sacro» (Sacromonte) trastocaban la comprensión social, religiosa y política de España la colocaban a la cabeza de la cristiandad, hacían de ella la provincia donde el catolicismo era más puro y, por añadidura, vinculaban esas excelencias al legado árabe, que quedaba así tan unido a la nación como la raigambre goda o cantábrica (Barrios Aguilera 2002).

En palacio se acogió con interés y un entusiasmo contenido el hallazgo del Monte Santo. En julio de 1597 Felipe II encargó un relicario para poner en él una reliquia granadina, y examinó algunos documentos con el secretario Gassol y fray Martín de Villanueva. Esta astuta mezcla de historias antiguas alimentaba las bases ideológicas de la facción más poderosa de la corte, defensora de un catolicismo de tradición española diferenciado del universalismo romano, al tiempo que devolvía a la minoría morisca su derecho a la existencia como parte fundamental de la sociedad. El arzobispo de Granada, don Pedro de Castro, asumió con ardor la causa, aprendió árabe y fue acérrimo defensor de los moriscos. Enfrente tuvo a la nunciatura, los jesuitas y en general a quienes querían o deseaban que la Monarquía se vinculase me-

nos a lo hispánico y más a lo católico romano (Caro Baroja 1992).

Aunque no se tiene noticia cierta de quién fue el autor de tan audaces falsificaciones, se cree que fue un grupo de sabios moriscos preocupados precisamente por el ambiente de xenofobia existente contra esta minoría. Es casi seguro que participaron un traductor de árabe de la Inquisición, Alonso del Castillo, y otro oscuro intérprete morisco, Miguel de Luna. Queda claro que, para los falsificadores, el tema de la pérdida de España constituía uno de los argumentos de peso esgrimidos contra la minoría. Los hallazgos, si se aceptaba su veracidad, forzosamente habían de cambiar la interpretación del significado de la «caída», pues siendo también los árabes pobladores primitivos, no cabría hablar de invasión sino de otra cosa. Luna añadió testimonios complementarios a los «descubrimientos»: «halló» unos manuscritos árabes, obra de un tal Abulcacim Tarif Abentarique, cuya importancia era tal que juzgó que debía «traducirlos» y publicarlos con el título *La verdadera historia del rey don Rodrigo, en la qual se trata la causa principal de la pérdida de España y de la conquista que de ella hizo Miramamolín Almanzor, rey que fue del África y las Arabias. Compuesta por el sabio Alcayde Abulcacim Tarif Abentarique de nación árabe y natural de la Arabia Pétreá; nuevamente traducida de la lengua arábica por Miguel de Luna, vezino de Granada, intérprete del Rey Don Phelippe nuestro señor* (Granada, René Rabut, 1592). Luna, por medio de un supuesto historiador árabe, describía la pérdida de España como un negativo de lo que se reflejaba en el romancero y la tradición popular. El